

Bruno Remaury
EL MUNDO
HORIZONTAL

TRADUCCIÓN DE BLANCA GAGO

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2025
TÍTULO ORIGINAL: *Le Monde horizontal*

© Éditions Corti, 2019
© de la traducción, Blanca Gago, 2025
© de esta edición, Editorial Periférica, 2025. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-10171-39-8
DEPÓSITO LEGAL: CC-04-2025
IMPRESIÓN: KADMOS
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

*Let us honour if we can
The vertical man
Though we value none
But the horizontal one.*

W. H. AUDEN, *Poems*¹

¹ Honremos, si podemos | al hombre vertical | aunque no valoremos | sino al horizontal.

Todo empieza, cada vez, por un gesto muy sencillo, sí, un poco de pigmento alrededor de una mano cuya palma está apoyada en una superficie sólida. Y, en el principio del principio de ese gesto, hay un hombre primitivo que, en la oscuridad de la cueva, levanta la mano hacia la bóveda y la imprime en la pared para inscribir su colorida traza. Primera época, primer cuadro. Un hombre de sesenta años con traje y perilla, la mirada un poco ausente y el rostro cansado, está sentado en la posada de un pueblecito de los Pirineos una tarde de junio de 1906. Se llama Félix Regnault. Viene de pasar el día en las cuevas de Gargas, que conoce y excava desde hace más de treinta años, pero ese día no ha ido a buscar lo mismo de siempre (esquirlas, huesos, cráneos de animales olvidados), sino el color, sea cual sea; manchas, líneas o figuras como las que encontró hace diez años en la cueva de Marsoulas, y ante las cuales los prehistoriadores más reconocidos y las sociedades científicas estallaron en risas, creyéndolas falsificaciones toscas y tomándolo a él por un ingenuo. Hay que decir que Félix no es nadie, o casi nadie, un simple

librero de Toulouse que se inventó un destino de paleontólogo, hurgando aquí y allá sin un método muy definido pero con el entusiasmo de los pioneros: él y los primeros compañeros descubridores de mundos olvidados, Garrigou, Raoul, Chasteigner; médicos, notarios o rentistas con chaqué y quevedos deslizándose por estrechos pasadizos de roca para luego ascender con esqueletos de animales desaparecidos, bifaces, huesos grabados.

Aquel día, treinta y cuatro años después de haberse adentrado por primera vez en el mismo pasadizo de roca con la lámpara en alto, Félix encontró primero dos manchas coloreadas con ocre rojo en una de las cortinas calcáreas de la pared, la silueta de dos manos seguidas de cerca por otras, decenas de ellas, manos rojas o negras, a veces blancas, manos de hombres y mujeres, niños y bebés; manos con los dedos separados, hacia arriba, manos sueltas o juntas, desplegadas como una bandada de pájaros, manos levantadas antes de ser coloreadas y así consagradas, y, luego, durante lo que se nos antoja una eternidad insondable, más de veinticinco mil años, olvidadas antes de que él las descubriera aquel día. Y todas esas manos, de repente, se levantaron para danzar en corro alrededor de Félix en la oscuridad de la gruta, una algarabía roja y negra en la que ni él ni nadie, según dirían después, habían reparado. Allí solo frente a la pared, con una mano sosteniendo la lámpara y la otra, crispada quizá, sujetándose la chaqueta, sin duda se quedó estupefacto frente a ese primordial gesto inmóvil allí posado desde hacía una eternidad. Según dijo más tarde, aquel día Félix, en efecto, buscaba pinturas.

Es cierto que el recuerdo de las burlas de Marsoulas y el escepticismo de los prehistoriadores oficiales lo alejaron mucho tiempo de aquellas coloridas huellas, pero las tornas cambiaron, la autenticidad de las pinturas quedó comprobada y, después de entonar su *mea culpa*, la facultad estampó su membrete y se llevó toda la gloria por algo que hasta entonces había ignorado, algo que él había sido de los primeros en señalar. Cabe añadir que, mientras tanto, otros habían descendido por aquellos mismos pasadizos de roca y, teniendo fe en aquellos colores, trabajaban de explicarlos. Entonces, sintiéndose seguramente respaldado por el nuevo credo, Félix regresó a Gargas aquel día y se topó con algo muy distinto de los vestigios de hábitat, caza o alimento que hasta entonces buscaba a ras de suelo y, levantando por primera vez la lámpara y la nariz, encontró aquellas manos, no se sabe muy bien cómo, pero las encontró.

Esa noche, Félix regresa a la posada; no habla, no dice ni palabra. Probablemente quiera guardar intacto su descubrimiento, preservar de algún modo su esplendor, puesto que ya falta poco para el congreso de la Sociedad de Antropología de París y será una bonita ocasión para subir a la tribuna, describir el hallazgo con palabras bien escogidas, explicar el burdo croquis que ha hecho en la cueva ese día y sentarse en ese sillón de docto prestigio que, después de tantos años, sin duda merece. No obstante, antes de la gran revelación, antes de que desembarquen allí los oropeles municipales y la pompa académica, ansiosos por aspirar los efluvios de la gloria local que exhala

su descubrimiento aún reciente; antes de que corran hasta allí los universitarios con sus diplomas y los subprefectos, ávidos de emplear los recursos que su época les ofrece, empeñados en saberlo y explicarlo todo, lo que quizá Félix desea es sencillamente intentar comprender por sí solo la presencia de esas manos, qué hacen ahí, a quién saludan o para quién bailan, en fin, a qué juegan. ¿Aplaudirán al orador de la tribuna? ¿O bien están ahí para burlarse, con esos dedos señalando a las alturas? ¿Acaso le dirigen una señal, una plegaria, elevadas como están hacia el cielo? Entrar en esa danza, sí, estaría muy bien, podría ver cómo piensan, responder a ese primordial gesto inmóvil que hace un momento, en la gruta, le han dirigido en silencio; sin embargo, esa tarea no le corresponderá a Félix, sino a los prehistoriadores reconocidos que se esmerarán en inventariar, describir y publicar. Félix se contentará con el honor de anunciar un descubrimiento que parece digno de interés o algo semejante y ya está, todo acabará ahí. No es más que un entusiasta aficionado que ocupa un nimio lugar en la escala del conocimiento, muy abajo, muy por debajo de sus *distinguidos compañeros*, como él los llama, a los que cederá la palabra una vez haya mostrado el croquis, bajado de la tribuna y alcanzado el sillón. No será él quien haga hablar a esas manos inmersas en el silencio; él, un simple agrimensor, un inventor sin patente. No obstante, mientras espera, permanece callado. Quizá también quiere guardárselas un poco más, contarlas con celo, acariciarlas con la mirada, en fin, seguir disfrutando como seguro que hizo al verlas con la lámpara en alto y la nuca rígida, sin aliento.